

El robo del diamante

Elvira Menéndez

alta
mar



 Bruño



El robo del diamante

Elvira Menéndez

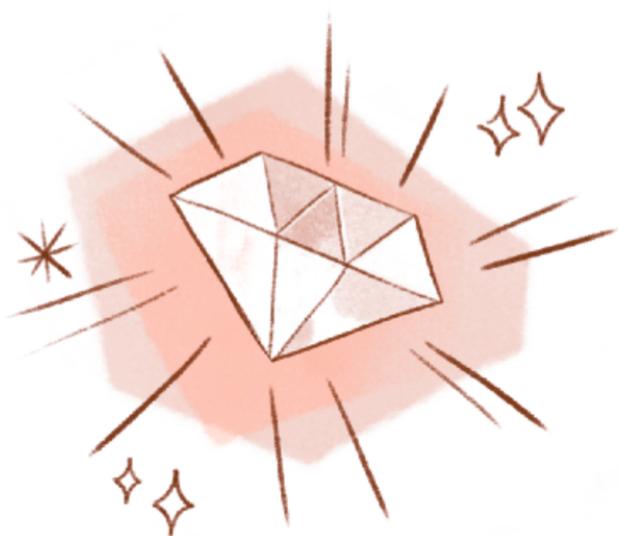


Ilustración Patricia de Pedro

B Bruño

Puedes encontrar el **Taller de lectura**
en **www.brunolibros.es**

© Del texto: Elvira Menéndez, 2023
© De las ilustraciones: Patricia de Pedro, 2023
© Grupo Editorial Bruño, S. L., 2023
Valentín Beato, 21
28037 Madrid

Dirección Editorial: Begoña Lozano
Edición: Cristina Martín y Carmina Pérez Canet
Diseño de cubierta e interiores: Gerardo Domínguez
Preimpresión: Alberto García

ISBN: 978-84-696-6834-4
Depósito legal: M-84-2023

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en la ley, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. Pueden utilizarse citas siempre que se mencione su procedencia.

Printed in Spain



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADA

Elvira Menéndez

La autora

Además de escritora, soy actriz y guionista.

En 1984 obtuve el Premio Fastenrath de Narrativa, que concede cada lustro la Real Academia Española.

Estudí en la Real Escuela de Arte Dramático de Madrid. He hecho teatro y series de televisión. Trabajé en programas infantiles como *La cometa blanca*, *Barrio Sésamo* y *La bola de cristal*, y fue en esa época cuando decidí escribir para niños. Tuve que esforzarme para aprender, por supuesto. Pero esta actividad me ha hecho muy feliz.

También escribo novelas históricas para adultos.

Para ti

Me encanta escribir libros de humor porque me parto de risa al hacerlo. De paso, os cuento lo que opino. En esta historia, por ejemplo: la dueña del diamante piensa que no hay nada más importante en el mundo que su piedra preciosa, ¡y eso que no le sirve más que para presumir! Pues los diamantes no dan besos ni cariño, y las personas, o los animales como el monito, sí.

¡M haría feliz que disfrutaseis con este libro!

En esta colección he publicado: *Caos en el súper*, *Caos en la boda*, *Caos en Carnaval*, *Caos en el cole*, *Ese no es mi zoo*, *MNA*, *Una boa en el Paraíso*, *Olock-Lolo* y *La máquina maravillosa*.

Elvira Menéndez

*A Mario, Daniela y Aurora,
mis queridos protagonistas.
Y a Consuelo, mi madre.*

El robo

Las estruendosas sirenas de diez coches de policía rompieron el silencio de la noche:

¡NI-NOOO, NI-NOOO, NI-NOOO, NI-NOOO!

Los vecinos de un bloque de pisos situado frente al zoológico se asomaron a las ventanas. Entre ellos estaba Consuelo, la abuela de Mario, que había ido a cuidarlo porque sus padres estaban de viaje.

—¡Descerebrados! —gritó Consuelo desde el quinto piso—. ¿A quién se le

ocurre hacer carreras de ambulancias a estas horas de la madrugada?

—¡No los llame descerebrados, Consuelo! —replicó Antonio, el vecino del tercero.

—¿Cómo quieres que los llame? Han despertado a mi nieto. Y no deberían ir tocando la sirena, ¡que a estas horas no hay tráfico!

—No son ambulancias, abuela, sino coches de policía —dijo Mario.

—Ay, hijo, hasta que no me operen las cataratas veo menos que un muerto boca abajo.

Los coches de policía se alejaron a toda velocidad y los vecinos regresaron a sus camas.

Tan solo Mario, el nieto de Consuelo, se quedó dibujando un platillo volante en el vaho de la ventana de su habitación. Cuál no sería su sorpresa cuando la tapa de una alcantarilla situada

junto a la valla del zoológico se levantó, y del interior salieron tres individuos, que echaron a correr.

—¡Abuelaaa! Han salido tres señores de una alcantarilla.

—Serán ratas, Mario —respondió medio dormida Consuelo desde su habitación.

—¡No, abuela, ven a verlo! ¡Correee!

Consuelo buscó las zapatillas debajo de la cama, sacó sus gafas de la funda, se las puso, a continuación se puso la bata..., y claro, tardó tres minutos en llegar renqueando al dormitorio de su nieto. Cuando miró por la ventana, la calle estaba desierta.

—Han desaparecido al doblar la esquina, abuela.

—Cuando tus padres vuelvan de viaje, les diré que te lleven al oculista. ¡Mira que confundir ratas con señores! Ves menos que yo.

—Había tres hombres escondidos en la alcantarilla, abuela. Lo que pasa es que volvieron a colocar la tapa y echaron a correr. ¡Seguro que era a ellos a los que perseguía la policía!

—¡Ay, Mario, qué imaginación tienes! —respondió Consuelo acariciándole el pelo—. No me parece mal. La imaginación es una gran cosa, ¿sabes? A mí, cuando tenía tu edad, me sirvió para viajar gratis. Anda, vuelve a la cama, cariño.

—No tengo sueño.

—Mi niño... Te has asustado, ¿verdad? ¿Quieres que te lea un cuento para que se te pase?

Mario no estaba asustado, pero contestó rápidamente que sí. Su abuela sabía poner voz de pirata, de bruja, de monstruo, de cotilla, de futbolista, de vampira... ¡Nadie leía los cuentos como ella! Mario se lo pasaba genial las noches que iba a casa a cuidarlo.



Consuelo se acercó a la estantería que estaba encima del ordenador, cogió un cuento y comenzó a leer.

Pero estaba medio dormida y leía sin energía.

No ponía voces ni interpretaba a los personajes como en otras ocasiones. De vez en cuando se le cerraban los ojos. Diez minutos después, se le resbalaron las gafas hasta la punta de la nariz y emitió un suave ronquido.

—ZZZ...

—¡Abuela, no te duermas!

—Es que tengooo que dormir para dejar de tener sueñooo, Mariooo. Pero ya sigooo... —bostezó la anciana.

Reanudó la lectura, pero unos minutos después se le cayó el libro al suelo. Mario lo recogió.

—Abuela, más vale que te lleve a la cama. Pero mañana me lees dos cuentos, ¿vale?

—Sí, bonitooo... —respondió Consuelo dejándose llevar del brazo por su nieto.

Mario la arropó y le dio un besito en la mejilla, que a pesar de las arrugas era muy suave.

Después dijo:

—Buenas noches, abuela. Te quiero.

—Y yo a ti, cariño.

Mario estaba en lo cierto.

Los tres hombres que había visto salir de la alcantarilla, uno alto, otro gordito y otro calvo, eran ladrones. La policía los perseguía porque acababan de robar un valioso diamante.

Después de que Mario los perdiera de vista, los ladrones continuaron corriendo por el otro lado del zoológico. Poco más adelante, Carambolo, el más gordito de los tres, se detuvo y dijo sin aliento:

—Nooo puedooo dar un paso más, Rigoberto...

—¡Llámame por mi apodo, Carambolo, que hay cámaras por todas partes!

—¿Y graban el sonido desde tan alto, jefe?

—Por si acaso, llámame Palo Tieso.

El jefe de los ladrones se había asignado este apodo porque era alto y delgado como un espárrago.

Sabía que la policía no tardaría en volver, y le dijo a su hombre:

—¡Tienes que seguir corriendo, Carambolo!

—No puedo... Necesito descansar.

—¡Pues como no corras, en la cárcel te vas a hinchar!

El tercer ladrón, que era más calvo que una sandía, le dijo al gordito:

—Carambolo, el jefe tiene razón.

—¡Pelota!

—¡Deja de hacer chistes sobre lo calvo que estoy! Mi apodo no es Pelota, es Huevo Duro.

Palo Tieso y Huevo Duro cogieron cada uno de un brazo a Carambolo, el ladrón gordito, y lo arrastraron corriendo cien metros más, pero...

—Yo... me que... do a... quí a cubrir la reti... rada. Seguid voso... tros —dijo Carambolo con la lengua fuera.

—¿Qué hay al otro lado de esta verja?

—El zoológico, jefe.

—¡Pues entremos!

—No vale la pena visitar el zoo de noche, jefe; todos los animales están dormidos.

—Lo sé, Huevo Duro, pero los coches de la policía no pueden saltar las verjas.

—¡Qué listo es usted!

—¡Por eso soy el jefe!

Los ladrones tenían las manos sudadas a causa de la carrera, y al subir por los barrotes de la verja, se resbalaban. Al cabo de unos minutos, el jefe y Huevo Duro consiguieron, con mucho esfuerzo, saltar al interior del zoológico. Pero Carambolo seguía a horcajadas en lo alto de la verja, en el momento en que volvieron a oír las sirenas de la policía.

¡NI-NOOO, NI-NOOO, NI-NOOO, NI-NOOO!

—¡Baja de ahí, Carambolo! ¡Que ya vienen! —gritó el jefe.

Carambolo hizo un esfuerzo sobrehumano para levantar sus posaderas por encima de las puntiagudas flechas de la verja, pero...

¡PRAAASSS!

—¡Cochino!

—No es lo que cree, jefe. Se me han enganchado los pantalones en una flecha... y se me han roto.

Las sirenas se oían cada vez más cerca.

—¡Salta, Carambolo! ¡Que ya llegan!
—le ordenó el jefe.

Carambolo aterrizó encima de sus compañeros, que no lograron apartarse a tiempo.

—Ay, ¡qué bruto eres! —se quejó Palo Tieso.

—Ji, ji, ji —se oyó reír a Huevo Duro.

—¿De qué demonios te ríes tú?

—De que Carambolo se ha roto también los calzoncillos, jefe.

¡NI-NOOO, NI-NOOO, NI-NOOO,
NI-NOOO!

Al oír las sirenas, los ladrones
echaron a correr por el interior del zoo.
Carambolo, que era muy vergonzoso,
se tapaba el roto del pantalón
y de los calzoncillos con las manos,
a pesar de que el zoo estaba a oscuras.



Cuando pasaron por delante
de una jaula muy grande, que creyeron
vacía, los ladrones descorrieron el cerrojo
y entraron.

—¿Dónde has metido el diamante,
Huevo Duro?